

“Cercle, al otro lado de los Pirineos”

de D. Antonio Castillo-Olivares Reixa



Don Antonio Castillo-Olivares Reixa viaja en un barco tan grande como una ciudad, con una gran chimenea en el centro que escupe mucho humo. Esto es el principio del mundo, no como reza la leyenda, Madrid, 19 de octubre de 1960. Está en cubierta, cogido de la mano de su madre, una mujer alta como la torre de La Giralda. Es el ocaso y las sombras empiezan a barrer los rincones de luz. Él sabe que Libia y papá están muy lejos, pero no sabe cuanto. El mar se ahoga y lanza por doquier sus brazos buscando algo a lo que asirse. Todo está en movimiento. Mamá pide una pastilla para el mareo, y una aspirina para el dolor de cabeza. Él está allí, como siempre, pequeño, muy pequeño, muy metido en sus miedos, callado, arropado con esa máscara de silencio que algunos llaman timidez.

Parpadea y ve una sala cuadrangular con pupitres, un encerado negro al fondo, detrás de la mesa del maestro. El día se cuele en la estancia con esa galbana de los días otoñales y esa precisión gris de las tardes de Don Antonio, de Don Antonio Machado, digo. Él se encuentra bien, que ya es su tercer día de escuela, que ya tiene un amigo; eso sí, un amigo con muchos enemigos, un muchacho peleón y dicharachero. Pero él lo que quiere es irse pronto a jugar con su seiscientos, con su camión de bomberos, a quitarle y ponerle la armadura dorada al soldado romano.

Parpadea de nuevo, porque Don Antonio Castillo-Olivares parpadea mucho. Él es como la vida, un parpadeo incesante, sólo que detrás de cada parpadeo suyo hay una ficción, vamos una mentira que parece una verdad, o una realidad que parece mentira, vaya usted a saber, que hasta ahora nadie ha descifrado en qué consiste este misterio de ser escritor, que es lo que nuestro protagonista es. Perdón. Digo que ya en aquel entonces parpadeó y que el tiempo le abrió los tebeos de Mortadelo y Filemón, las aventuras del Jabato, y un segundo después, ¡cómo pasa el tiempo!, la serie completa de “Los Cinco”. Y todo esto ocurre en una casa, en una habitación, en un refugio, que fuera están las tirantes relaciones que ofrecen los adultos, que fuera están los amigotes, abusones todos, osados todos. Pero en el refugio, en esa casa, en esa habitación, está su corazón, latiendo, imaginando, dando paso a un sin fin de seres distintos, seres vegetales, seres animales, seres de media sonrisa, altas montañas, ríos, caminos polvorientos: en fin, el mundo en versión niño retraído. Está allí su corazón y la novela el “Corazón” de Eduardo D’Amico, que lee una y otras vez, los ojos llenos de admiración, de lágrimas incluso, con la carcajadas también saliendo de la boca como una alusión directa e incuestionable de la luz, de la luz de que las novelas vierten en el mundo, de esa luz del corazón y de los personajes que ya entonces, sin saberlo, está comenzando a manejar. Todo su ser y toda su alma en aquellas páginas inolvidables.

Pero la vida, esa vida que se había instalado en sus ojos, en él mismo, y que ya era algo así como una sombra de él, es decir que ya los dos eran ese río único e irrepetible de misterio llamado “Antoñito Castillo”, era peleona. Esa vida, digo, seguía dale que dale, parpadeando cuando le venía en gana. Parpadeaba y se le marchaba por derroteros que él no deseaba. Y así la vida le visitó un día vestida de Instituto y le hizo sentirse más mayor, y le enseñó una palabra terrible: “responsabilidad”. Pero él se defendió practicando algún que otro deporte de poco o nulo riesgo, haciendo buenos amigos, y sufriendo a los típicos “chulitos del insti”; pero poco, porque a él lo que realmente le gustaba era leer, sobre todo novelas de tipo bélico. Eso, e ir al cine. Eso, y el descubrimiento de Platón, que con él llegó el amor platónico de todo escritor en ciernes que se precie. Se enamoró de la “profe” de francés, original el chico, yo también, saben, en mi caso por aquello de que no había dios que la entendiese de lo raro que hablaba. Bueno, dificultades de comunicación entre hombres y mujeres, ya me entienden.

Después el parpadeo le trajo el primer desengaño, la “profe” de francés le suspendió, ¡qué asquerosa!, con lo enamorado que estaba, que estábamos, de ella. Y ahí empezaron los problemas con las notas. Ahí empezaron las mediocridades, los suspensos; y con ellos vuelta al cuarto, a leer, a escribir, bueno más que a escribir a contarle al amigo imaginario todas esas historias que guardaba su cabeza y que se le apelotonaban por querer salir. Porque a Don Antonio, en aquellos días lo que le gustaba era contar historias, como los juglares en la Edad Media, nada de papel y bolígrafo, largar, y hala, quedarse a gusto. De ahí, cuando se enteró de la cantidad de historias que los juglares habían perdido por no ponerlas en papel, le surgió la idea de escribir, ahora ya sí, escribir, una historia compleja, con personajes de una psicología compleja, en la Edad Media, una historia larga, muy larga.

Animado por este parpadeo, guiño más bien de la vida, de su vida, y pensando que esto de escribir es sólo disfrutar, que basta con sentarse, escribir, con disfrutar, comenzó esta andadura. Empezó creyendo que el mundo estaba extraordinariamente organizado y que no había que cambiarlo en absoluto, vamos que era conservador, y cuando terminó se dio cuenta de que hay que arreglar algunas cosas, que no todo está bien. Porque el camino de la escritura es un camino de conocimiento, y el conocimiento le había llevado a la encrucijada, y allí estaba la libertad. Así, desde la libertad, llegó a la conclusión de que su novela había de tener grano, que era la psicología última de los personajes, y paja, que era todo lo demás. Así se percató que esto de escribir es un sueño que penetra la realidad, la esencia misma del ser y la cambia, y que cada sueño realizado te metafórsea y te hace más humano, más propiamente humano.

Por eso, si partimos de que toda novela es ficción y de que la esencia misma de la ficción es la configuración de una mentira que parezca una gran verdad, tal y como sostiene D. Mario Vagas Llosa, podríamos decir que don D. Antonio Castillo es un gran mentiroso, y que todo esto que yo les he contado a modo de biografía puede ser sólo esa máscara del personaje llamado escritor con el que se nos presenta

hoy, esta tarde, esta persona, que de verdad, de verdad, y en esto no hay duda, es de carne y hueso. Un gran mentiroso, o si lo prefieren ustedes, y para que no haya equívoco alguno, que D. Antonio es un urdidor de ficciones al estilo de, por lo menos Joanot Martorell, que fue el que escribió aquella obra en valenciano titulada Tirant Loblanch, publicada en 1490 - la primera novela caballeresca publicada en la península - y que con el discurrir del tiempo se iba a convertir, gracias entre otras cosas a la cita laudatoria que de ella hace Miguel de Cervantes en El Quijote, en una de las novelas más importantes de la literatura universal. Digo al estilo de; porque, como en aquella, en este "Cercle", D. Antonio hace que los caballeros se fatiguen, duerman, coman, tengan sus necesidades más cotidianas, e incluso que las damas padezcan de hemorroides. Siendo como es una novela ambientada en la Edad Media, a comienzos del siglo XIII para ser más concretos, cabía esperar que el autor se dejara llevar por los planteamientos de la novela de caballerías e hiciera una abstracción tendente a lo mitológico, o incluso que participara de esos aspectos formales de las novelas decimonónicas - idealización de los personajes y simplificación a buenos y malos -; me refiero a novelas tales que "Aivanho", de Sir Walter Scott, llevada al cine por Richar Zorp en 1952 y que ustedes recordarán muy bien por aquel extraordinario reparto, ¿ no se acuerdan de los hermanos Teilor, Robert y Elizabeth, de Joan Fonten, de George Sanders, de Finlei Curi, o de Émlyn Williams?

Pero no, esta novela, "Cercle" de D. Antonio, está más próxima a las novelas tipo La Regenta, de Don Leopoldo Alas. Novelas aquellas y por ende ésta en la que cada personaje tiene una vida interior propia y excluyente, un drama interior, una lucha del entendimiento que se debate, en todas las ocasiones, entre lo que el mundo ha de ser o se pretende que sea y lo que realmente es, una personalidad sufriente y pormenorizada que diferencia a unos de otros, y que deja al mundo de la fantasía encerrado en el estrecho coto de las creencias populares de la época, tal y como hace el poeta de Medinaceli en el Poema del Mío Cid, por ejemplo, del que por cierto este año se cumplen los setecientos años de la copia manuscrita de Per Abbat. Hablamos pues de una novela que pretende ser realista, que quiere imitar la realidad, la fugaz realidad, la escurridiza realidad; no en balde hay una cita previa de Ignacio de Luzán que nos proporciona las claves para entender, acercarnos y asimilar lo que se nos cuenta. Dice así: "El arte no es la verdad pura, sino una imitación. Ésta puede producir un deleite allí donde aquella produciría horror".

Porque para esto parece haberse escrito esta ficción de, en palabras del autor, "pueriles aventuras pero repletas de profundo significados", para entretener y no confundir. Tal reto en una primera novela, que se ha ido a mucho más de cuatrocientas páginas, supone un esfuerzo más que notorio, un reto al que como escritor, y quiero decirlo hoy aquí, públicamente, no quisiera nunca verme enfrentado. Porque si ya es suficientemente complicado juntar más allá de cuatrocientas palabras de una forma coherente, estoy hablando de un folio, pues imagínense lo que será hacerlo en cuatrocientas ocasiones.

Por experiencia propia, aunque en un espacio de poco más de cien páginas, puedo confesarles que es un trabajo tan agotador, tan absorbente, tan posesivo, que bien pudiéramos estar hablando de una paranoia, de un estado de aniquilación mental tal que todo lo palpable desaparece, de un estado del intelecto en el que sólo hay espacio para el desarrollo del tema, para la confección de la intriga, y para la búsqueda de la trama que dé a la historia que queremos contar esa personalidad única, exacta y plenamente cuantificable, que la diferencien de todas las demás historias contadas, y que a la vez nos defina como narradores... Y eso, nuestro autor lo ha conseguido, plenamente.

Por eso, Señoras, Señores, yo les insto a acercarse a D. Antonio Castillo-Olivares Reixa, escritor, ya escritor, por fin, finalmente, escritor. Ante ustedes, con ustedes, el escritor y su círculo, es decir, su “Cercle, al otro lado de los Pirineos”. Muchas gracias.

Santiago Solano Grande
MADRID, 22 de FEBRERO de 2008
ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN